

sitio, que por la hora y lo retirado reunía excelentes condiciones para un encuentro.

A ninguno de los testigos se le ocurrió pronunciar la palabra «arreglo».

La ofensa era sobrado sangrienta, y el lance demasiado público.

Hecha la señal por los padrinos, se cruzaron los aceros, que no se midieron siquiera; cada cual se batió con el que llevaba, porque se trataba de un lance excepcional.

La suerte fué contraria al conde, que cayó con el pecho atravesado por la espada del joven alferez.

Todos declararon que el duelo se había llevado á cabo con condiciones legales; oído lo cual, partieron al punto Zúñiga y su testigo.

Uno de los del conde fué á avisar á su propio carruaje, á tiempo que salía el doctor Estrañi.

—Venid, doctor; hacéis falta,—le dijo.

—¿De qué se trata?

—El conde de la Estrella está ahí bajo muy mal herido, según creo.

—¡Ah! No me digáis más. ¡Es obra de ese tarambana!

—Que tiene un puño de hierro y una vista de lince.

—¡Ese muchacho se hará ahorcar á la primera ocasión que se le presente!... Corramos.

Cuando llegaron, ya tenía la condesa recostada sobre sus rodillas la pálida cabeza de su marido.

Estrañi no se detuvo en saludar.

En ciertas ocasiones estorba la cortesía.

Ayudado por la luz de la aurora, restañó la sangre, y reconoció la herida.

Un fruncimiento de cejas indicó que ésta era grave.

—¿Qué hay, doctor?—preguntó con ansiedad la dama.

—No puedo decir si está interesado el pulmón.

—¡Dios mío!

—Pero sea lo que quiera, el conde no puede ir en carruaje hasta su casa; su estado es grave, y una locomoción algo violenta lo precipitaría todo.

—¡Oh!...

—No creo que la duquesa nos niegue su casa,—dijo uno de los testigos del conde;—voy á prevenirla.

—Decidla que es un caso extremo, de vida ó muerte..., y para evitar el escándalo, utilizaremos la puerta del jardín.

Aquél partió con la celeridad que aconsejaban las circunstancias.

Entre tanto el doctor vendó provisionalmente la herida, después de lavarla.

En seguida, entre los criados que servían el carruaje, fué trasladado el conde con la mayor precaución, por la puerta del jardín, al palacio de la duquesa.

—¡Dios mío, qué desgracia!—exclamó la de Medinaceli abrazando á su amiga.

—¡Oh! ¡Cada vez tengo más motivos para maldecir mi imprudencia!

—¡También me cabe en ella una buena parte! En fin, pasemos; mi casa está á vuestra disposición.

El conde fué colocado con el mayor sigilo en una habitación conveniente.

Allí el doctor pudo reconocer la herida.

—¡Diablo de muchacho! —exclamó, después de un detenido examen. —Le ha faltado muy poco para mandar á la eternidad á este pobre conde.

—¿Qué opináis, doctor?

—Respondo; es decir, creo que puedo responder de su vida; pero la curación será larga y penosa; el herido no podrá abandonar el lecho lo menos en un mes...; ahora más que nunca necesita ese muchacho que el diablo se declare su protector.

Al día siguiente no se hablaba en Madrid más que del baile de la duquesa de Medinaceli.

La fiesta había sido espléndida; los trajes ricos y caprichosos; en fin, que los reyes y los príncipes se habían divertido mucho.

Pero sólo eran detalles.

Todo quedaba oscurecido por un hecho principal.

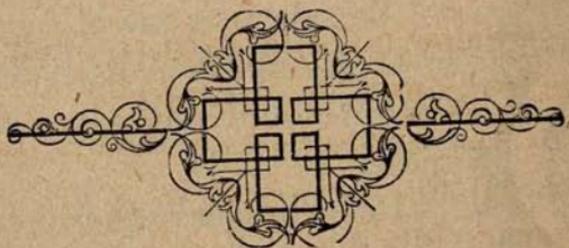
Un alférez de guardias había roto el arresto, sólo con la idea de hacer el amor á la condesa de la Estrella y de matar al conde.

La idea, como se ve, no podía ser más caritativa.

La causa de Juan de Zúñiga estaba poco menos

que perdida, y, según afirmaba el doctor, hasta entonces no había necesitado de la protección de Satanás.

Pero todo esto no impidió que Juan durmiese de un tirón las primeras horas de la mañana, para descansar de las emociones de una noche tan borrascosa, que, después de todo, había dejado agradables recuerdos en su mente, y hecho palpitar su turbulento corazón.





CAPITULO LVIII

Postrimerias.

EMOS lo que había ocurrido, que no fué poco, ni bueno.

Ya sabemos que al partir Juan de su prisión había aconsejado al pusilánime Antonio que se acostase y durmiese.

Bien hubiera querido seguir el consejo, que era cuerdo y razonable; pero no pudo.

El sueño hubiera creado en su mente las más terribles pesadillas que pueden abrumar á un cerebro de Arévalo.

Hasta entonces no sintió Antonio de veras haber entrado al servicio de un mozo tan turbulento como su amo, y que diese en caprichos tan perjudiciales.



Todo lo que le había ocurrido hasta la fecha eran tortas y pan pintado, en comparación de lo que esperaba.

Antonio achacaba su desgracia en servir á un hombre que estaba bajo la protección inmediata del diablo.

¿Qué era aquello más que un castigo de la divina Providencia, por no haberle denunciado al Santo Oficio, por tomar participación voluntaria en aquella obra de abominación?

Y ya que no le hubiese denunciado, pues al fin y al cabo, tratándose del hombre que le daba el pan, era una cosa fea, debía haber renunciado á los beneficios de aquella dependencia, á aquel pan, que era un manjar pecaminoso, como cocido en los hornos infernales.

Antonio estaba en el colmo de la inquietud, y tuvo un rasgo, pues ya sabemos que los tenía en determinadas ocasiones.

Cayó de rodillas, haciendo voto á San Jerónimo de vestir su sagrado hábito si le sacaba con bien de aquel apurado lance.

Y el mozo pensó en aquel santo, acordándose de que la cocina de los conventos de la orden era la mejor surtida entre todas las de otras religiones.

Pero aquel proyecto místico no llevó la tranquilidad á su agitado espíritu.

Los latidos de su corazón tenían la fuerza de veinte caballos; separaban violentamente la ropa interior de la epidermis, y entre todos los uniformes conocidos, el que más odiaba en aquel momento era el de guardias valonas, que vestía.

Paseaba por la estancia con el mayor desasosiego; su paso era vacilante como el de un hombre ebrio, y balbuciente como de un niño: tropezaba con todos los muebles, produciendo á intervalos un ruido infernal.

Hubiera deseado transformarse en mosca, ó en otro insecto cualquiera, para escaparse de aquella estancia, que tenía para él la apariencia de la sala de tormento.

Sus pensamientos eran los trebejos de la tortura, el borceguí y el potro.

Nunca hasta entonces se había visto en mayor apuro.

Pero el infeliz no sabía que él mismo iba á aumentarle con su conducta.

Cuando menos lo esperaba se abrió la puerta del aposento.

Antonio se paró en firme, como un muñeco de madera á quien se le acaba la cuerda.

Lo único que hizo fué volver la espalda al que entraba para ocultarle el rostro.

Era el oficial de guardia, á quien había llamado la atención aquel ruidoso desasosiego.

—¿Qué os pasa, Zúñiga?—le dijo, —¿Estáis enfermo?

Pero Zúñiga no contestó.

Como que estaba muy lejos de allí, armando un tiberio en casa de la duquesa.

—¿Os hace falta alguna cosa?—preguntó el oficial, lleno de buen deseo.

Antonio sudaba tinta; era preciso contestar algo.

Lanzó un sonido inarticulado, que era una mezcla de tos, estornudo y rebuzno; una cosa, en fin, que demostró al oficial el estado físico de su prisionero.

Parecía un ronquido como el que da aquel que es atacado de una congestión.

El oficial avanzó

Sus pasos debían sonar en el oído de Antonio como los del comendador asistiendo al sacrílego banquete de don Juan.

Hubiera querido hallarse en los antípodas, que la tierra se hubiera tragado al oficial ó á él.

No comprendía que hubiese corazones tan caritativos á quienes inquietasen las penas que afligían á los demás.

Pero el oficial, que estaba muy lejos de prever aquellas desazones, avanzaba, guiado por los sentimientos más caritativos del mundo respecto á su compañero.

Sí debió extrañarle que el alférez fuese marcando cuartos de conversión hasta dar la vuelta en redondo, de modo que nunca podía verle la cara.

¿Por qué?

Esto le obligó á ponerle una mano en el hombro, y á detenerle cuando daba su segunda vuelta.

Antonio ya no tuvo más remedio que exhibirse: por mejor decir, dejarse ver.

Entonces el oficial no fué dueño de contener un grito de asombro, como el que lanzaría un domador

de fieras al ver que un león se le había transformado en un grillo.

Aquél no era el preso confiado á su custodia.

Pero ¿dónde estaba? ¿Cuándo se le había evaporado?

Creyendo que soñaba, se frotó los ojos: eso es lo primero que hace uno cuando se despierta.

Pero no había engaño: el hombre que tenía delante embutido en un uniforme de guardias valonas, no era el que estaba allí una hora antes, no era don Juan de Zúñiga.

El oficial conoció en seguida al criado, por haberle visto por la mañana.

Aquello le probó que el preso se había evadido.

La traza que acababa de usar estaba bien patente y clara.

Le habían servido las ropas de Antonio para disfrazarse.

Éste ya no procuraba ocultarse: ¿para qué, si era imposible?

Apareció ante los ojos de su guardián como el infeliz sentenciado á sufrir la cuerda.

En el concepto de Antonio, no era otro el suplicio á que se le destinaba.

El, además de sus propios pecados, debía cargar con los de su amo, que no eran pocos.

Era preciso que el oficial estuviese poseído de una gran cólera, y que pesara mucho sobre él la responsabilidad que acababa de adquirir, para que el grito ante-

rior no le sustituyera con una carcajada al ver el rostro cómico-trágico de aquel reo inocente.

—¡Ah! ¡Me han burlado!—exclamó en el paroxismo del furor.

Antonio murmuró precipitadamente algo que podía pasar por una oración dirigida al patrono de los criados desvalidos.

Después el oficial, como última expresión del furor de que estaba poseído, dió un empujón violento á su prisionero, exclamando:

—¡Villano!... ¡Te fusilaremos!

Antonio se tapó los oídos, creyendo percibir acaso el ruido de la descarga que iba á poner fin á sus días; cayó de hinojos, cruzando las manos sobre el pecho, y exclamó:

—¡Pero, señor, si soy inocente!

—¡Inocenté! ¡Y lo dice llevando puesta la ropa de su amo!

—Es que cuando me la vestí tenía don Juan una pistola en la mano, con el cañón enfilado á mi cabeza.

—¡Qué importa! Debiste dejarte matar.

—¡Eso se dice muy fácilmente, señor oficial!

—Bien está: sólo has logrado prolongar tu vida algunas horas.

—Yo confío en que mi amo vendrá...

—¡Imbécil! ¡Después de haber probado el aire de la libertad!...

—Aun así, mi señor me lo prometió, y es todo un caballero... Sólo se trataba de asistir á un baile...; ha-

brá danzado de lo lindo, y tendrá mucha fatiga: sólo se descansa á gusto en una prisión.

—¡Pero, estúpido!... ¡bruto!... ¡cañalla!... ¿Tú has visto algún pájaro volver á la jaula después de dar un paseo á sus anchas por el campo.

—¡Confieso que en Arévalo los pájaros no tienen esas costumbres!... ¡El que se escapa, no vuelve!

—En Arévalo, como aquí, y en todas partes.

—¡Ay!... Pero me consuela el que aquí no se trata de un pájaro, sino de un caballero oficial que...

—¡Ya te lo dirán de misas! Voy á dar parte al coronel de lo ocurrido...

— Señor, yo me atrevería á suplicaros que esperaseis hasta el amanecer...

—Para cuando amanezca, ya estarás sentenciado á muerte.

Y el oficial salió del aposento, cerrando la puerta de golpe, y dando dos vueltas á la llave.

¡Esperar á que amaneciera! ¿Para qué? ¿Acaso Zúñiga no se había presentado en público?

Porque no era dable la casualidad de que en aquel baile todos estuvieran ciegos y sordos.

Esta fué la idea que se le ocurrió á Antonio.

El símil de los pájaros, puesto por el oficial, era de una elocuencia desgarradora.

El aire de la libertad embriaga; pero sus efectos son tales que llevan al cautivo muy lejos de su calabozo.

Y Juan de Zúñiga, por mucho cariño que tuviera

á su criado, no había de ser la excepción de la regla.

No dudó que la sentencia del oficial iba á cumplirse, y que él debía pagar las culpas de su amo, si éste, como era probable, no se presentaba.

Aquel género de muerte le cogía de sorpresa, no estando prevenido para él.

Antonio siempre había abrigado la idea de morir de una indigestión: esto entraba más bien en sus costumbres.

¡Pero fusilado!...

¡Ah!...

De pronto se le ocurrió un recurso, que podía prolongar su vida acaso algunas semanas.

Esto siempre era algo.

No era militar; tenía su código: por consecuencia, no podían sujetarle á uno de esos consejos de guerra que fallan sobre la vida de un hombre en una hora.

Dirigióse á la puerta y comenzó á golpearla como un loco, para enterar al oficial de aquella esencialísima circunstancia.

Pero nadie contestó á sus golpes.

Por fuera se oía el rumor de pasos que iban y venían con apresuramiento.

Antonio se estremeció, traduciendo aquel ruido por el que hicieran los soldados yendo á buscar un confesor.

—¡No me conformaré con el que me manden! —decía. —Pediré uno de los que están en América convirtiendo á los salvajes...; así ganaremos tiempo; yo creo

que esto no se le niegue á ningún reo...; ¡sería una crueldad!

Así pasaron siete horas mortales: jamás se le hizo á Antonio una noche más larga.

A través de la ventana que daba al patio vió alborrear el día.

Era su último sol; le veía salir, pero no le vería ponerse.

Entonces maldijo el instante en que había salido de Arévalo para servir á un amo tan tronera, y aquel otro en que abandonó el tranquilo claustro de San Jerónimo para correr los azares de un mundo que no da más que sinsabores.

En aquel momento percibió una exclamación de asombro en la parte exterior.

Se abrió la puerta y apareció su amo, con el ademán tranquilo del vecino honrado que se retira temprano á su casa.

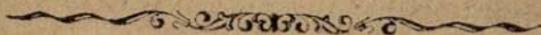
—¡Vos aquí! —exclamó Antonio en el colmo de la más agradable sorpresa.

A lo que contestó aquél:

—Pues qué, imbécil, ¿habías llegado á presumir que no vendría?

Añadiendo luégo:

—¡Sin embargo, no ha faltado mucho para que me quedara por allá!





CAPITULO LIX

La vuelta del baile.



IN desprenderse ni de una prenda de su traje de gala se tendió sobre el lecho, quedando dormido al poco rato, como se duerme á los veintidós años cuando acaba de arriesgarse la vida en un duelo.

Antonio tenía razón al suponer que volvería cansado, aunque ya sabemos que no fué por efecto de la danza.

Sorprendía en sus labios sonrisas celestiales y palabras incoherentes, de las que sólo sacaba en limpio esta frase:

—¡Oh qué hermosa!

Aquél le miraba con tanta admiración como enojo.

No se acordaba de su propio peligro, ni de que su criado estuvo expuesto á morir por él.

¡Y Dios sabía en qué iban á parar aún aquellas misas!

El sueño del mancebo era un insulto.

De repente el fiel servidor se estremeció: en la blanca valona de su amo había algunas gotas de sangre.

—¡Estará herido!—dijo, y empezó á examinarle con cuidado para que no se despertase.

Nada descubrió que confirmase sus sospechas; sin embargo, aquellas manchas le inquietaban: nadie va á un baile á sangrarse.

Por otra parte, la tranquilidad de aquel sueño excluía toda idea de peligro.

Antonio tuvo que contentarse solamente con sospechar: no era cosa de despertarle.

Le hubiera enviado á todos los diablos.

Porque soñar con una mujer hermosa y encontrarse con el rostro de Antonio, que nada tenía de tal, era una cosa bastante desagradable por cierto.

En aquel momento la llave giró en la cerradura, abrióse la puerta, y se presentó el coronel, seguido de un oficial que había de actuar como escribano en aquella sumaria.

Antonio, con su uniforme de oficial, estaba avergonzado, puesto que el joven había dejado en su casa sus vestidos laicos al ponerse el de gala.

La fuerza de aquellos colores le obligó á cuadrarse y á saludar militarmente.

Ya estaba algo más tranquilo, puesto que la persona de su amo era una garantía para la suya.

Por orden del coronel le despertó.

Éste le dijo:

—Haced de modo que cambiéis de vestidura sin salir del cuartel, puesto que ese uniforme no puede exhibirse en la calle por una persona que no pertenece al cuerpo.

Juan le entregó la llave de su casa, para que por medio de un asistente cumplierse la orden del coronel.

En seguida pidió y obtuvo permiso para hablar, diciendo:

—Cumpló un deber de justicia al consignar que mi criado es inocente, pues le he hecho ceder por medio de la amenaza.

—Vuestro criado podrá salir á la calle cuando esté en disposición, con orden terminante de no volver á presentarse en el cuartel, si no quiere que se le aplique la ordenanza. Ahora, vamos á vos.

Antonio desalojó la estancia, dando un millón de gracias á Dios de haber escapado con vida de aquel mal paso.

En cuanto al coronel, prosiguió, dirigiéndose á Juan:

—Habéis cometido dos delitos graves, que las leyes penales de la milicia castigan severamente.

El joven no tenía conocimiento más que de uno; pero el coronel debía ser más explícito.

—Por faltas en el cumplimiento de vuestros deberes se os impuso un arresto.

—Señor,—interrumpió Juan,—fui provocado por un oficial que dudaba de mi probidad, y no tuve más remedio que apelar á la espada.

—Pero la desnudasteis en palacio, que es la casa del rey.

—La hubiera desenvainado en la iglesia, que es la casa de Dios: lo contrario hubiera sido dar la razón á mi adversario, y usía, expresando la opinión de todos mis compañeros, me hubiera arrojado del cuerpo por cobarde.

—Después habéis comprometido á un oficial dignísimo, rompiendo el arresto con engaño.

—Yo había empeñado mi palabra de honor de volver; nadie quiso escucharme: la prueba de mi buena fe es que he vuelto. Por lo demás, había contraído un compromiso de presentarme en cierta parte...

—Un oficial que está bajo la ordenanza no puede comprometerse en faltar á ella.

—¡Coronel, hay casos!...

—¡Ninguno!

Juan bajó la cabeza. Aquél prosiguió:

—Y menos mal si hubierais empleado la noche en hacer obras de caridad; pero enmendáis una falta con un delito...

—¡Delito!

—¿Negaréis que os habéis batido al amanecer con el señor conde de la Estrella?

—No puedo negar lo que es cierto.

—El rey castiga el duelo con pena de presidio...

—El rey no puede legislar sobre lo que no debe.

—¡Cómo! ¿Os atrevéis?...

—Para prohibir el duelo, es preciso que antes prohiba á las gentes tener honor. Y ya que tan informado de todo está usía, le diré, por si desconoce este detalle, que se trataba de arrancar á la fuerza el antifaz á una dama que, apoyada en mi brazo, tenía interés en recatar su persona. Esto, en presencia de más de veinte testigos, en pleno baile. Lo que siguió fué consecuencia de lo primero, y apuesto á que usía aplaude mi conducta.

—Todo lo hubierais evitado con no haber salido de aquí.

Juan volvió á bajar la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Declaráis espontáneamente y de buena fe que son ciertos los hechos que se os imputan?—preguntó el coronel.

—Lo declaro; sólo me falta añadir, por lo que pudiera importar, remitiéndome á lo que digan mis testigos, que el conde cayó herido ó muerto batiéndonos ambos en buena ley.

—Hasta ahora, que yo sepa, no hay quien lo ponga en duda.

—Pues conste así.

—Duéleme que vuestros antecedentes en el cuerpo no sean los más ajustados á vuestro deber.

—¡Señor!—exclamó el joven, como un caballo que siente el aguijón.

—Estando de servicio proporcionasteis la huída á un criminal...

—Que se entregó él mismo luégo; era un digno oficial, y no consta que hubiese cometido ningún delito.

—Cuando el rey le ha perdonado...

—Es que no se sabe si le ha perdonado ó le ha absuelto.

—En fin, ciñéndonos al hecho de que se trata, tengo estricta obligación de dar parte al Consejo para que el rey provea.

—Cumplamos cada cual con nuestro deber; yo por mí sé decir, sin que esto sea jactancia ni impenitencia, que volvería á hacer mil veces lo que he hecho esta noche, si mil veces se me presentara la ocasión.

Durante esta escena, el oficial actuario fué escribiendo la relación de los hechos, que, hallándola conforme, firmó Juan.

Desde aquel instante su arresto fué elevado á prisión.

No habían perdido el tiempo los parientes del conde, que casi todos ejercían cargos en palacio.

Así es que antes que el Consejo lo supo el rey, llegando los hechos desfigurados á su oído; pues apa-

recía Zúñiga como el provocador, y la condesa como una mujer que cuidaba poco de la honra que la estaba encomendada.

La familia de ésta, viendo la ofensa que se la hacía, refirió al monarca la verdad de lo que había pasado, demostrando que si el alferez de guardias hizo mal en romper el arresto, obró como perfecto caballero al defender á una dama, á quien se trataba de ofender en público.

El rey estaba indignado.

Al fin y al cabo la víctima era un oficial de su casa.

Pero María Amalia, de quien se valían las damas que defendían al alferez, le argüía que si el duelo era un delito, el conde había incurrido doblemente en él como provocador.

Con esto se formaron en la corte dos partidos, y ambos poderosos.

Pero el que con más furia y más razón combatía era el femenino, declarado en casi su totalidad por Zúñiga.

Cuando se encontraban los contendientes de uno y otro bando, que era con frecuencia, en la cámara del rey ó de la reina, había escaramuzas sangrientas de la palabra, que indicaban el cisma que podía resultar.

Hasta se trató de sobornar á Estrañi.

Los partidarios del conde querían que aumentase con su pronóstico la gravedad de la herida; al mismo tiempo los del alferez pretendían lo contrario.

El doctor, que no podía contestar á todos, decidió declarar la verdad.

La herida del conde era grave, y aquél sólo podía asegurar que, sin una imprudencia, respondía de su vida, por más que la curación fuera muy lenta.

La vida del conde respondía de la de Zúñiga.

Y como sucede en tales casos, se llevaban las cosas tan á la exageración, que los parientes de aquél manifestaban un gran interés en que sucumbiese, no más que por castigar al agresor, *un miserable alférez de guardias*, según decían con desprecio.

Los defensores de éste, por el contrario, manifestaban un gran interés en que viviese, acudiendo dos y tres veces al día al palacio de Medinaceli, que aquél ocupaba aún.

Una de las que más se preocupaban por la salvación del joven era la condesa.

Nadie mejor que ella sabía su inocencia, y que la tenacidad de su marido lo había ocasionado todo.

En resumen: en aquella escena no hubo nada reprochable, nada de que la condesa pudiera avergonzarse.

Se trataba de una sencilla broma, tan común en un baile.

¿Por qué el marido había de incomodarse de que un joven hablase con su mujer?

La conducta del alférez no pudo ser más leal, ni más ajustada á los fueros de la galantería.

El conde, echando mano á aquel antifaz, se ofendía á sí mismo, puesto que ofendía á su esposa.

¿Qué más natural que cualquier caballero la defendiese?

Por otra parte, la condesa se acusaba de haber dado margen á aquello, que podía degenerar en catástrofe, con su original apuesta.

Sin ella, nada hubiera pasado, y Zúñiga estaría acaso libre, mientras que á la sazón le amenazaba la cólera del rey, al ver lo mal que se cumplía su pragmática sobre los duelos.

Todo esto dió lugar á un fenómeno que suele observarse en el mundo con frecuencia.

La condesa y Juan se habían visto muchas veces en palacio, sin que hubieran reparado uno en otro.

Para acercar á dos personas que se ven todos los días, se necesita la fuerza de un acontecimiento, algo que ponga en relieve á uno de ellos.

Ya sabemos que desde aquella noche la condesa apareció «hermosa» á los ojos del alférez, y que éste le fué «simpático».

Todo consistió en la torpeza tradicional de los maridos de todas las épocas.

La condesa era aún joven con relación á su marido.

Éste, á consecuencia de una juventud un tanto borrascosa, estaba algo averiado.

Pero en vez de hacer olvidar con su conducta sus defectos físicos y morales, ponía á su mujer en el caso

de que estableciese comparaciones, que siempre son perjudiciales para los maridos, por no sabemos qué fatalidad que persigue á la clase.

De aquí resultó lo que no podía menos de resultar: que la condesa pensara más en la mano que había inferido la herida que en el cuerpo que la recibiera.

Lo cual, á decir verdad, era bien poco caritativo.

En cuanto al joven, estaba loco, hasta el extremo de poner en segundo término la granja de los Tilos cuando se trataba del palacio de Medinaceli.

Adelina y su madre no estaban tan absortas en su dolor que se olvidasen de lo que pasaba á sus amigos.

Habían tenido noticia de la aventura de Juan, y Josefina se informaba, por cuantos medios estaban á su alcance, de los trámites que llevaba el negocio.

Como se trataba de una dama de la corte nada fea, y las noticias llegan siempre con exageración á todas partes, la pobre Adelina sentía en el corazón algo parecido á los celos, sin que en su inocencia se explicase el origen.

¿Por qué había ido su amado al baile con aquella dama? ¿Por qué se había batido por ella?

¿Qué era lo que haría entonces por Adelina?

¡Tal vez nada!





CAPITULO LX

Recuerdos del harén.



UAN de Zúñiga tenía el privilegio de llamar de tal modo la atención sobre su persona, que las que le rodeaban participaban también de aquella celebridad de reflejo.

De aquí el que Antonio, saliendo de la oscuridad que envuelve al criado de un guardia, supiese que su nombre se repetía en palacio por damas y caballeros, y hasta por las personas reales, por la parte que había tomado, aunque sin querer, en la evasión de su amo.

Sin embargo, el mozo de Arévalo odiaba cierta popularidad, por lo que tiene de peligrosa.

Había leído algo de historia, y sabía que la fama concluye por abrazar á aquellos á quienes ilumina al principio.

Llamado á declarar en la sumaria que se instruía contra su amo, volvieron á repetirle lo que le había dicho el oficial de guardia; esto es, que debió hacerse matar aquella noche antes que consentir en lo que su amo le proponía.

Pero hacerse matar se dice pronto, cuesta muy poco trabajo, cuando no se ve el cañón de una pistola asestado al pecho.

Antonio, de su roce con los frailes, había aprendido ciertas máximas, y argüía diciendo que no es lícito á un criado desobedecer á su amo, mientras le pague y le alimente.

Este era un punto sutil que la Ordenanza no estaba llamada á poner en claro, y que maldita la cosa que valía para la defensa del mozo.

Ello es que no estaba muy seguro aún de que el castigo preparado para su amo no le alcanzase á él también.

En este concepto, según ya dijimos, odiaba la popularidad, y deseaba pasar por el hombre más desconocido de la tierra.

Una mañana estaba preparando en su casa el almuerzo para su amo, cuando sintió que llamaban tímidamente en la puerta.

Siempre que esto sucedía, desde los últimos acontecimientos, se estremecía sin poderlo remediar.

Esto es lo que le sucede al hombre que no espera nada bueno, y Antonio estaba ya en tan desesperado extremo.

Como los golpes se repitieran, se aproximó á la puerta para informarse, quedando agradablemente sorprendido al ver á través de la mirilla á una preciosa morena, cuyos ojos lanzaban relámpagos.

Y como nada malo debe temerse de una persona que reúne tan excelentes cualidades, Antonio, que al fin y al cabo no era de estuco, abrió la puerta, poniéndose galantemente á disposición de tan linda persona.

—¿No es aquí donde vive don Juan de Zúñiga, alférez de guardias valonas?—preguntó ésta sonriéndose.

Las morenas, y aun las rubias, suelen sonreirse de cualquier cosa.

El mozo lanzó un suspiro.

—¡Aquí vivía!—dijo.—Hoy...

—Ya lo sé que está preso.

—¡Ah!... ¿lo sabéis?... ¡Es claro! Yo creo que lo sabe ya toda España.

—¿Sois vos su criado Antonio?

—Tengo ese honor..., aunque me parece que no debo vanagloriarme mucho.

—¿Por qué?

—¡Quién sabe si me olerá la cabeza á pólvora!

—¡Bah!...

—¡No hay que fiar mucho!

—Pues bien, á vos os busco.

—¿A mí?

Desde aquel momento, Antonio sintió que la sangre circulaba con más rapidez en sus venas, y sintió una fuerte tentación de contemplarse en un espejo.

Pero tuvo que desistir, porque no había ninguno á mano.

Crejó que uno de los efectos de su popularidad era que todas las muchachas se enamorasen de él, y le acometi6 este fatuo pensamiento:

—Si llegan á fusilarme, cuántas lágrimas van á derramarse por mi causa.

Luégo repuso en alta voz:

—¿Conque me buscabais, linda niña?

—En efecto...

—Pues... aquí me tenéis.

—¡Ya, ya os veo!

—Pero entrad...; no me gusta que los vecinos se enteren; hay muchos curiosos...

—Tampoco yo quisiera, porque lo que vengo á tratar con vos es secreto.

El mozo la hizo entrar en otra habitación, y se relamió los labios, como los gatos cuando tienen un rat6n en perspectiva.

En aquel momento se olvidó de los sustos que le hizo pasar la evasi6n de su amo: todo lo daba por bien empleado.

Al mismo tiempo recordó algunas máximas que

había oído á los jerónimos sobre la continencia, prometiéndose no dejar entre las manos de la muchacha la capa de José.

—¿Conque decíais?...—preguntó, como para obligar á aquélla á que entrase en materia.

—Traigo un encargo para vuestro amo.

Estas palabras produjeron en Antonio el efecto de un jarro de agua sobre unas brasas.

No se trataba de él, de ninguna pasión que había inspirado.

Aquella joven iba á buscarle como intermediario, por no decir tercero.

Ya no se le figuró tan linda, ni tan ardientes sus miradas, ni tan seductora su sonrisa.

La joven debió comprender el verdadero origen de este cambio, porque le miraba de un modo socarrón.

—Si estáis dispuesto á servir á la persona á quien represento, no será ingrata con vos.

Y la joven le enseñó una moneda de plata; pero no hizo más que enseñársela.

Esto tranquilizó un poco el amor propio del criado.

La joven no obraba por su cuenta, sino por la de otra persona; además, grande ó pequeña, le prometía una ganancia.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó.

—Entregarle esta carta cuando le veáis.

Y aquélla le mostró un billete que olía á mujer á tiro de ballesta.



Antonio se rascó la cabeza.

—¡No es tan fácil lo que pretendéis!— dijo al cabo de un momento.

—¡Cómo que no! ¿Pues no le veis todos los días?

—No tal.

—¿No sois vos el encargado de llevarle el almuerzo y la comida?

—Ahora mismo iba á hacerlo.

—Entonces...

—El coronel, que me tiene odio y mala voluntad desde que contribuí á su fuga, ha prohibido terminantemente que me comunique con el prisionero...

—¡Dios mío!

—Llego al cuartel y entrego la cesta á uno de los soldados de guardia, el cual es el encargado de pasársela.

—¿Y lo hace en seguida?

—Tan pronto como la recibe de mi mano.

—Pero ¿no escudriña su interior?

—Creo que no; ¿para qué?

—¿De modo que no veis posibilidad de ganáros esta moneda?

—No la veo, en efecto...; y creed que me desazona, porque soy muy aficionado á los bustos de los soberanos.

Hubo una pausa, durante la cual la joven pareció reflexionar.

—Sí, sí, esto es,—dijo, como quien concibe una idea.

—¿Habéis dado con algún medio?

—Y creo que excelente.

—¿A ver?

—Entre los dobleces de la servilleta... ¡Quién va á sospechar!...

—¡Pardiez!—exclamó el mozo, extrañándose de que no se le hubiera ocurrido una idea tan sencilla después de pasar algún tiempo entre los jerónimos.

—¿Qué os parece?

—¡La cosa tiene ingenio!... Sin embargo, si le descubriesen...

—¿Y qué?

—Que la culpa recaería sobre mí, y entonces...

—No por cierto; recaería... sobre la lavandera.

Antonio se echó á reír.

—Sobre ser poco probable,—dijo,—que una lavandera sepa escribir, lo es aún menos que se comuniqué por este medio con mi amo.

—¿No decís que le entregan la cesta sin registrarla?

—En efecto; pero...

—Vamos, atreveos; de cobardes nada se ha escrito.. ; sobre todo, no arriesgáis gran cosa.

Y la astuta joven hizo brillar la moneda que tenía en su mano.

El argumento era bueno, y convenció á Antonio, el cual dijo:

—Corriente; venga la carta.

Entregósele aquélla, y el mozo la colocó lo más

disimuladamente que pudo entre los dobleces de la servilleta.

En seguida lo arregló de modo que ésta parecía un lienzo inocente é inofensivo.

—¡Es imposible que nadie sospeche!

—¡Tanto mejor!

—¿Sabéis si vuestro amo dispone de medios para contestar?

—Lo ignoro.

—De todos modos escudriñad la cesta cuando os la devuelvan de su parte, que yo vendré mañana á saber...

—Corriente; pero...

—¿Pero qué?

—¿Os vais?

—¿Qué queréis que haga aquí, habiendo terminado mi cometido?

—¿Y la moneda?

—En resumidas cuentas no la habéis ganado; el medio que empleamos es mío.

—Sí, pero... yo soy el conductor, el comprometido; y si se descubre, seguramente que no pensará nadie en buscaros.

—En fin, me convencen vuestras razones; tomad.

Y la joven puso la moneda en la mano de Antonio, quedando en volver á la misma hora al día siguiente, por si acaso había contestación.

Juan de Zúñiga esperaba sin cuidado el fin de su proceso.

Confiaba, como siempre, en la protección de su amigo el diablo, y no dudaba de que ésta no le faltaría.

Únicamente estaba algo aburrido de verse entre aquellas cuatro tapias, donde no se le permitía más distracción que una partida de *sacanete*, que jugaba por la noche con los oficiales que montaban la guardia.

Por ellos sabía las voces que corrían sobre su futura suerte.

El rey seguía furioso, dispuesto á hacer un ejemplar castigo, si bien la reina y la parte femenina de la corte abogaban en su favor.

—Por bien que salgas,—le decían,—cuenta con pasar cuatro ó seis años en un castillo.

—¡Bah! No lo creáis. ¿De qué había de servirme la protección del diablo?

—Pero ¿cuentas con ella?

—Más que nunca.

—Mejor harías en interesar en tu favor á tu tío el prior de los jerónimos del Prado.

—Al contrario; ése persistirá en la idea de que tengo en las venas la levadura de Olavide.

—¡Pobre don Pablo!

—¡Chitón! No hay que olvidarse de que está cumpliendo una condena del Santo Oficio.

—Os digo que no necesito nada de eso; más tarde ó

más temprano, saldré de aquí libre, absuelto. ., y puede que hasta con un ascenso.

En tal concepto, no había penalidad que le afligiese.

Porque el diablo no hace pacto con una persona para quedar mal.

No se sabe que alguna vez haya faltado á su palabra.

En el día á que damos comienzo á este capítulo, y á la hora de costumbre, entró un soldado con la cesta adonde iba el almuerzo.

A los veintidós años no se pierde el apetito, ni aun estando enamorado: en ciertos temperamentos le aumenta la inacción.

Juan estaba en este caso: comía y dormía perfectamente, porque no albergaba cuidado alguno sobre su suerte.

Al ir á extender la servilleta sobre la mesa, cayó al suelo un papel.

El joven le cogió, reconociendo que era un billete. Su primer pensamiento fué para Adelina.

—¡Pobre muchacha!— exclamó.—¡Cómo se acuerda de mí! Emplea cuantos medios están á su alcance para comunicarse conmigo, para consolarme..., mientras yo me ocupo de *la otra* más de lo que conviene á mi tranquilidad... ¡Si lo supiera!

Mientras pronunciaba estas palabras rompió el sobre.

Lo primero que hizo fué lo que hace cualquiera en un caso igual: mirar la firma, porque desconoció la letra.

El billete estaba concebido en estos términos:

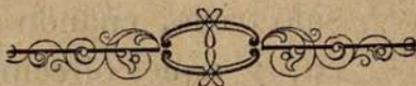
«No desmayéis; si tenéis enemigos en la corte, »también hay personas que, con la reina, se interesan »por vos.

»El herido sigue mejor, y esto favorecé vuestra »causa, que nos es simpática á todas.

»No podéis figuraros cuál es mi sentimiento al »considerarme origen de vuestras penas.

»Si podéis contestarme, hacedlo, empleando el »mismo medio que yo para que recibáis ésta, no du- »dando en pedir lo que os haga falta á la —SULTANA.—»

Juan creyó que se le abrían las puertas, no ya de la prisión, sino del paraíso.





CAPITULO LXI

Antonio en busca de una paliza.



QUEL billete era un rayo de sol iluminando la lobreteza de un calabozo.

La carta que esperaba de la pobre Adelina no le hubiera producido tan buen efecto.

En aquella firma había el recuerdo de una aventura agradable, por más que su desenlace hubiera sido triste, cuando pudo ser trágico, y aquel ofrecimiento espontáneo encerraba una promesa.

¿De qué?

Juan lo ignoraba... de nada tal vez, pero siempre es dulce confiar en una promesa, aun cuando sea quimérica.

Juan leyó y releyó el billete más de veinte veces. No había pensado en él, no le esperaba; por eso la sorpresa fué doble.

Era un billete de agradecimiento; no expresaba más, no podía expresar otra cosa.

Pero siempre hay cierto encanto en ver que una mujer joven y bonita se acuerda de nosotros para agradecernos algo.

Lo que hemos hecho por ella no lo tiene en olvido; la gratitud es amor hasta cierto punto.

Era preciso contestarle; pero ¿cómo?

Le habían privado de los medios de escribir para que no se comunicase con nadie.

Pero Dios ha dotado al hombre de ingenio para algo.

Sobre todo á un prisionero, que es más que un hombre, por muy abyecta que sea su condición.

Un prisionero en su misma estrechez halla los medios de poseer lo que no tienen aquellos que están en libertad.

Juan arrancó de la mesa una astilla, cuya punta adelgazó cuanto pudo; después, frotando la piel de sus botas con un dedo humedecido en agua, logró una ó dos gotas de un licor negruzco y betuminoso, en el cual empapó su improvisada pluma, escribiendo en una tira de papel:

«¡Bendigo mi prisión, porque me proporciona un
»bien que no esperaba! Después de lo que he recibido,
»nada necesito, nada me hace falta; me contento con

»haber sido por espacio de algunas horas el caballero
»de la sultana más hermosa de Occidente.»

Colocó aquel escrito disimuladamente entre los pliegues de la servilleta, como medio que le recomendaba la dama.

Cuando el soldado entró para llevarse la cesta, la dirigió un beso, juntando y abriendo los dedos de la mano derecha, después de haberlos acercado á sus labios.

Aquél, que era bisoño, sorprendió el ademán, y sin abrigar ningún mal pensamiento, lo atribuyó á una fórmula de saludo.

Si le chocó bastante que en la guardia valona los superiores saludaran á los inferiores, lo mismo que se saludan dos amantes que se contemplan de lejos.

Juan permaneció todo aquel día entregado á sus ilusiones.

Era el hombre soñador por excelencia.

En cuanto á Antonio, ya era otra cosa.

No se determinó á registrar la cesta en la calle por temor de ser visto.

Pero no bien se consideró invisible y fuera de peligro en el santuario de su casa, cuando desdobló la servilleta.

La lectura de aquel documento le dejó admirado, perplejo.

¡Su señor amante de una sultana!

Conocía á las sultanas por los romances moriscos: sabía que no eran católicas, ni aun siquiera cristia-

nas, cosa que no debía extrañar en un hombre que estaba en relaciones con el diablo.

Sin embargo, concibió dos escrúpulos.

No creía que la perdición del alma de Zúñiga fuese tan completa que se dedicase ya á hacer el amor á personas que estaban fuera de la comunión católica.

Al mismo tiempo se compadecía de la pobre Adellina, á quien Zúñiga engañaba malamente, puesto que la olvidaba por una mora ó turca, que para el caso era lo mismo.

Tentado estuvo por ir con aquellos renglones á la granja de los Tilos, enseñárselos á la niña, y decirle:

—¡Este es el hombre á quien amáis!

Pero el respeto que debía á su amo, y más que nada el temor á una paliza, le contuvo en los límites de la discreción.

Por otra parte, echó sus cuentas.

El había oído decir, y leído, que las sultanas poseían pingües riquezas, y algo de éstas había de tocar al criado de su amante, en el caso en que saliera ileso del lance en que estaba empeñado.

Sólo que entonces halló mezquina la dádiva recibida aquel día.

¡Una moneda de plata!

Esto era deshonroso.

Una sultana debía haber dado al mensajero de su pensamiento una cadena de oro, ya que no una joya preciosa extraída del tesoro de su padre ó señor.

En todo aquello veía una mezquindez nauseabunda.

Su amo se alegraba de haberle servido de caballero por espacio de algunas horas.

Luego estaba en Madrid.

Antonio no recordaba que hubiera, ni aun en España, ninguna sultana.

Para él sólo existían en los romances.

Al día siguiente, á la hora convenida, fué la misma linda morena por la contestación.

Antonio trató de sacarle el nombre de su ama.

—Será vuestro amo el que os le revele, señor curioso,—le dijo la muchacha.

—Es que yo tengo medio de arrancároslle,—le dijo Antonio con aire triunfante.

—¿De qué manera?

—Denunciándoos á la Inquisición.

—¿De qué delito?

—Del de desviar á un joven cristiano de los caminos de la santa madre Iglesia.

—Y ¿cómo puede mi señora hacer eso, siendo católica ferviente?

—¡Católica una sultana de Occidente! ¡Ya, ya!...

La joven rompió á reír, sabiendo á lo que Antonio se refería.

—Vamos,—dijo,—venga la contestación, que no dudo que la habrá, y déjese de bachillerías.

Antonio se dió á partido, esperando una buena propina para el siguiente día, y entregó el papel, que la joven, rápida como el viento, fué á llevar á su destino.

Pero pasó un día, y otro, y otro, y hasta quince.

Amo y servidor estaban desesperados: aquél, porque no recibía nuevas de la sultana; éste, porque no recibía propinas.

El primero decía:

—¿Por qué permanece en silencio tanto tiempo?

Y el segundo:

—¡Siempre será alguna mora de pega!

Así marchaban las cosas.

El proceso del joven alférez seguía una tramitación lenta, que era voluntaria.

Acosado por tantas peticiones de indulto, el rey dijo por fin:

—Perdonaré, si la víctima vive y queda ilesa.

Esto era ya conseguir un resultado.

Toda la corte vivía á la cabecera del herido.

Jamás un monarca, cuya muerte puede arrastrar graves perturbaciones, había sido espiado de aquel modo, inspirando fervientes deseos de vida y de salud.

Se seguía el diagnóstico de la dolencia con una ansiedad pasmosa.

—Ved lo que hacéis, —le decían las damas á Estrañ; — si no salváis á ese hombre, perderéis las mejores

casas de la corte; ninguna persona que se respete os confiará el pulso, y tendréis que emigrar á América para que os den de comer las dolencias de los salvajes; mientras que si sacáis al conde con bien, cada una de nosotras enfermará ex profeso una vez á la semana para aumentar vuestro peculio.

Estrañi era filósofo, y encogiéndose de hombros, pensaba:

—¿Cree ese pobre muchacho que el diablo soy yo, cuando en realidad está en el cuerpo de las damas de la corte? Si el conde supiera de lo que se trataba, se moría de rabia, con tal de castigar á un hombre... que pudiera muy bien ser su rival.

En cuanto á la condesa, costeó una novena á la Virgen de la Paloma, y un triduo al Santo Cristo de los Remedios, pidiéndole la vida de su marido.

Lo que no quedó bien averiguado es si esto reconoció por causa el amor del uno ó del otro.

Entre tanto Juan se desesperaba grandemente en el cuartel.

Sus camaradas procuraban infundirle esperanza, diciéndole que el conde había entrado ya en convalecencia, y que tenía aseguradas la libertad y la vida.

—¡La vida!... ¡la libertad!—decía el joven con su ciega confianza.—Aseguradas las tenía desde el momento en que entré aquí. ¿Qué me importa eso?

—¿Pues qué es lo que te importa, desventurado?

Juan hubiera dicho:

—¡Ella, de quien hace ya veinte días que no sé!

Pero le contenía la prudencia, y el deseo de no comprometer á una mujer casada.

Aunque en el artículo *ella* entraban todas las Evas del mundo conocido que hubiesen cumplido ya quince años.

A medida que el conde mejoraba, ibase dulcificando el régimen interior de su prisión.

Se le permitía recado de escribir y papel, por si se le antojaba escribir el *Manual del prisionero*, ó alguna novela al uso de Cervantes; igualmente se le daban todos los libros que pidiese, no siendo de los prohibidos.

Por último, se consintió que su criado entrase y saliese á cualquier hora en su habitación.

Esto era un consuelo, del que Juan se aprovechaba poco.

¿Qué podía hablar de *ella* con su criado?

Por el contrario, permanecía en un mutismo sombrío; y aunque Antonio reconocía la causa, la respetaba, porque era discreto.

Hacia ya dos días que su amo pugnaba por hablarle, conteniéndose siempre cuando iba á empezar.

—¡Dejadle, que él romperá! —pensaba el criado.

En efecto, en la mañana del tercero rompió.

—Oye, Antonio,—le dijo. —Me has probado que, entre tus defectos, que no son pocos, tienes la virtud de la discreción.

—Señor, no sé á qué os referís,—le contestó aquél; —pero me parece que os he dado pruebas de que po-

— déis fiaros de mí: respecto á mis defectos, no quiero regatearos el número.

— Me refiero á que puede confiársete un secreto, sin temor de que lo reveles.

— En cuanto á ese particular, soy un pozo..., un sepulcro sin gusanos.

— Es que pudiera comprometer á una mujer casada.

— La sala del tormento, con todos sus horrores, no me arrancaríá una palabra.

— ¡Me place oír ese lenguaje en tus labios!

— Es el lenguaje del perro para con su amo, si el perro estuviese dotado de la facultad de hablar.

— Es que si me hicieras traición, si esa dama tuviese el menor disgusto por tu causa, sabríá bajar al centro de la tierra que te ocultara para darte de puñaladas.

Antonio se santiguó, estremeciéndose; fué la única contestación que halló más á mano.

Aqué! prosiguió:

— Fiado en tu discreción, voy á darte un encargo, que espero desempeñarás con fidelidad y reserva.

— Contad conmigo: si me confiaseis un pernil de tocino, acaso no responderíá; pero un secreto, es diferente.

— ¿Tú sabes dónde vive el conde de la Estrella?

— A lo último de la carrera de San Francisco, bajando á la izquierda, en el terreno que ocuparon las antiguas huertas llamadas del...

—Exactamente.

—¿Queréis que le presente vuestros respetos, por aquello de la otra noche?

—¡Pero, imbécil! .. ¿crees que ahora que él y yo vamos á salir á la calle le tengo miedo?

—Señor, no quita lo cortés á lo valiente, y bien podéis informaros de su salud, después de atravesarle el pecho, como lo hicisteis.

—No quiero nada con el conde...

—Está bien.

—Pero sí con la condesa.

—¡Ah!... Pero... ¿y la otra?

—¿Qué otra?

—La sultana, señor.

—¡No seas imbécil! —exclamó el joven riéndose.

—Vamos, no lo seré; por mucho trigo no es mal año.

—¿Ves este billete?

—Le veo.

—Es necesario que hoy mismo quede en poder de la condesa..., sin que se entere nadie más que ella misma.

—Venga, señor.

—¿Cómo vas á arreglarte?

—No lo sé... Como aconsejen las circunstancias.

—Pero al mismo tiempo es preciso que en el momento de desempeñar tu cometido te olvides de lo que has hecho.

—Me olvidaré..., aunque me valga una paliza.

—¿Quién había de propinártela?

—¡Qué sé yo!... ¡El diablo!

—¿Ignoras que es nuestro protector?

—¡De poco tiempo acá poco tenemos que agradecerle!

—¡Cuando voy á salir en libertad, debiendo ir á un castillo... ó á otro sitio peor!...

—Es verdad, señor: dispéñseme el diablo.

—¿Quedamos?...

—En que hoy mismo entregaré esa carta.

—Pues no pierdas momento, y vé, que espero con impaciencia el resultado.

No se cambiaron más palabras entre uno y otro.

Antonio partió, maldiciendo los amoríos de su amo, que tantos sinsabores le causaban.

—El más tranquilo,—decía,—es el de la joven Adeline, y por lo mismo parece que es del que menos se cuida.





CAPITULO LXII

La carta.



SEGÚN hemos dicho ya, el conde estaba en convalecencia, y faltaba muy poco para que el doctor Estrañi le diese de alta.

La estocada había sido buena, y el doctor, que era perito en tales materias, apostaba á que no se había dado otra igual por ninguno de los oficiales de la guardia valona.

Este honor quedaba reservado á un alférez de veintidós años.

Pero el peligro á que acababa de escapar no había curado los celos en el conde.

Era enfermedad añeja.

Demasiado comprendió que aquella noche no hubo motivo para su agresión, que ésta fué inmotivada é injusta.

Tratándose de un baile, nada tenía de extraño que su mujer hablase y bailase, que no bailó, como sabemos, con uno de los invitados.

Pero había oído hablar durante tres días anteriores de un alferez, lo mismo en palacio que en su casa.

Ignoraba de lo que se trataba; pero aquella insistencia y aquel calor concluyeron por inspirar algunas sospechas en su celosa manía.

Cuando aquella noche le vió hablar con su mujer, subiósele la sangre á la cabeza y perdió los estribos, originándose lo que sucedió después.

Sin embargo, la reflexión se hizo lugar en su mente cuando pesó las cosas con calma, y quiso sincerarse.

—Es inútil tarea la que emprendéis,—le dijo la condesa agraviada.—Vuestra conducta ha abierto un abismo entre los dos.

—¿Y no tuve yo motivos para obrar así?

—¿Sacando á plaza el nombre de vuestra esposa, dando lugar á que un extraño la defendiese contra su propio marido? ¿Comprometiendo una casa respetable, que acababan de abandonar los monarcas?

—¿Y quién le dió á aquel insolente derecho para defenderos?

—Vos, en primer lugar; en segundo, las leyes de la caballería, que atropellasteis indignamente.

—Basta, señora; no consiento en vuestros labios tales reproches.

—¡Basta!... Eso es lo que os digo yo también: respeto vuestro estado, y deseo que os tranquilicéis.

Desde aquel momento ambos esposos no cambiaban más que las palabras necesarias para ocultar á la servidumbre el abismo que los separaba.

Entre ellos acababa de estallar un cisma, que acaso ya no tendría arreglo.

El conde seguía amando á la condesa, pero ella sólo podía concederle la estimación que se debe á un marido, por más que fuera incapaz de faltarle en el honor.

La condesa era honrada, y se debía á su clase.

Pero aquél notó que estaba pensativa, como si la absorbiese una idea.

Tal vez era una imagen.. , la de aquel alférez maldito que había estado para echarle á la eternidad.

Siempre adquiere simpatía entre las mujeres un joven que al salir de un baile da una estocada á un marido, sobre todo si aquél viste uniforme.

Ello es que la seriedad y ensimismamiento de la condesa le llamaban extraordinariamente la atención, haciendo que volvieran á renacer las pasadas sospechas.

Resolvió espiarla, pero como espiaba don Bartolo

á su pupila, viendo si faltaba un pliego de papel de su mesa y si tenía los dedos manchados de tinta.

A la verdad que la pobre condesa no podía acusarse más sino de que en su mente persistía más la imagen del alferez que la de su marido.

Pero éste era un pecado venial, en el que no tenía parte la voluntad.

La imaginación es una puerta indiscretamente abierta á cuantas imágenes se presentan.

Su casa tenía un jardín, por delante cercado con una tapia, en la que había una puerta de hierro: en el fondo, una escalinata de piedra daba acceso al edificio.

Una tarde paseaba la condesa bajo las verdes copas de los álamos y castaños, cuando echó de ver que en la reja, había un hombre, cuyos ademanes parecían querer llamarle la atención.

Al pronto le tomó por un mendigo; pero reparando en su traje, se convenció de lo contrario.

Aunque de menestral, era limpio y decente.

¿Qué podía querer aquel individuo?

Estaba perpleja entre acudir ó retirarse, cuando le vió sacar un papel del bolsillo y mostrársele con cierto misterioso recato.

Entonces calculó lo que podía ser; se trataba de algún memorial, poniéndola por intercesora para conseguir alguna gracia, ó pidiéndosela á ella misma.

Movida por su buen corazón, se acercó, pero deteniéndose en seguida.

El papel que la enseñaba aquel hombre más tenía traza de billete que de memorial.

Siendo de alguna persona conocida, hubieran ido directamente á dejarle en su casa sin tanto misterio.

¿Se trataría de algún desdichado y atrevido amante que se valía de aquel modo?

Entonces dió media vuelta para alejarse, cuando llegó hasta ella un nombre harto conocido.

—Vengo de parte de don Juan de Zúniga,—dijo el hombre en voz lo suficientemente alta para que sólo la condesa le entendiera.

Ésta volvió la cabeza hacia atrás, y viendo que no era espiada por nadie, corrió á la verja, diciendo:

—¡Traed!—y guardó la carta que le entregó Antonio.

—¿No tenéis nada que decirme ni que mandarme?—preguntó el criado.

—Volved mañana á esta hora y á este mismo sitio,—le contestó aquélla, desapareciendo, para enterarse del contenido del billete.

Antonio la contempló en su fuga, exclamando desconsolado y ofendido:

—¡Pues vale menos que la sultana!... ¡A lo menos me gratificó con una moneda de plata!

Después se alejó para dar cuenta á su señor de lo poquísimo que acababa de pasar.

¡Poquísimo!

¡Quién sabe si Antonio estuvo aquella tarde más cerca de lo que creía de una paliza!

Juan se quejaba en aquel billete del prolongado silencio de su hermosa sultana, y sólo pedía una palabra escrita que consolara sus penas.

—¡Pobrecillo! —exclamó la condesa besando el billete.—Con poco se contenta...; á la verdad que tiene razón; por mí está sufriendo allí metido...; yo soy la que debía consolarle...; pero ¿faltando á mi deber? ¡Nunca! Desdichadamente para todos, mi nombre ha andado ya en lenguas, y no quiero que las sospechas tomen nuevo pábulo.

Toda aquella noche y toda la mañana siguiente estuvo pensando sobre lo que haría, sin dar con un partido.

Sin embargo, era preciso decidirse; la tarde estaba cerca y el criado iría por la contestación.

Lo que creyó más acertado fué ponerle dos renglones, donde le decía que cesase de escribirla, puesto que en palacio podrían verse y hablarse con más libertad delante de gentes para tapar la boca á los murmuradores.

Con esto se quedó tranquila, porque era dar una prueba de agradecimiento sin traspasar los límites del deber.

Su marido la vió más preocupada que de ordinario.

Después, ante su tranquilidad aparente, crecieron sus sospechas.

—Algo la pasa, —dijo. —Finge para engañarme mejor. ¡Dios mío! ¿Se tratará aún de ese odioso alférez, á quien confunda el diablo?

Cuando llegó la hora convenida, la condesa se dirigió al jardín con ese paso torpe y agitado de la mujer inocente cuando no está bien segura de no cometer un crimen.

Al salir de sus habitaciones preguntó á uno de los criados por su marido, oyendo de su boca que estaba descansando.

Esto la tranquilizó: era cosa de dos minutos el despachar.

Sacó del bolsillo un diminuto billete que llevaba medio oculto en la mano derecha, y con la izquierda se cogió la falda para no tropezar.

Aun esperó en el vestíbulo, dirigiendo sus miradas hacia la verja de hierro.

A poco vió aparecer en ella á un hombre, en quien reconoció á Antonio.

Se dirigió hacia la escalinata.

La infeliz se estremecía, y estuvo por volverse atrás para no ofender á su marido, cuando hacía aquello precisamente por no ofenderle.

Pero no bien había descendido los primeros escalones, cuando exhaló un débil grito al sentir que una mano de hierro la asía de la muñeca izquierda.

Al mismo tiempo una voz, donde hervía el furor reconcentrado, exclamó:

—¡Dadme esa carta!

Era su marido, que, sin que ella se apercibiese, le había salido al paso.

La condesa se vió perdida.

Aquel escrito, aunque inocente, encerraba un nombre, y era denunciador.

El conde la oprimía cada vez más, hasta el punto de hacerla exhalar sordos gemidos de dolor.

Volvió á repetir:

—¡Dadme ese papel!

—¡Jamás!

—¡Señora!...

—He dicho que no... Este papel no mancha en nada vuestro honor.

—Entonces, dádmele.

La condesa tuvo entonces una idea salvadora, comprendiendo que no había medio de ocultar la verdad á su marido.

Volvió la cabeza; el billete desapareció en su boca; en seguida empezó á masticar el papel con el fin de destruirle.

El conde, que hasta entonces no se había apercibido de lo que pasaba, no hacía más que decir:

—¡En nombre de Dios, venga ese billete, señora! Si es inocente, ¿por qué le ocultáis?

Y viendo que la condesa callaba, le obligó á dar media vuelta por medio de un poderoso impulso.



Lit. de J.M.^a Mateu, Barquillo 4 y 6, Madrid.

— Dadme ese papel.
— Nunca replicó la dama



La condesa estaba serena: aquél sólo podía leer el billete rasgándole el pecho.

—¡Oh!—exclamó el burlado marido.—¿Creéis destruir así la prueba de vuestra liviandad? ¡Infame! A lo menos sabré quién es él.

Y soltándola sobre los escalones de piedra, donde aquélla cayó desmayada, corrió hacia la verja.

Pero Antonio, que había visto lo que pasaba, abrió el compás de sus piernas, y se alejó velozmente.

El conde asió los hierros y empezó á sacudirlos con fuerza.

Pero la verja estaba cerrada con llave, y no cedió.

Agotadas sus fuerzas físicas y morales, lanzó una maldición, á la que siguieron estas palabras:

—¡Oh!... ¡el alferez!... He reconocido á su criado.

Antonio entró en el cuartel lo mismo que una bala.

—¡Y bien!—exclamó su amo al verle tan descompuesto.

—Señor, el marido se ha enterado de todo... Si me ha reconocido, probablemente tendréis encierro para toda la vida.





CAPITULO LXIII

Un aviso despreciado.



os semanas después de aquella escena semitrágica que acabamos de describir, un soldado de la guardia valona tenía del diestro un hermoso potro de cabos finos bien dibujados y descarnada cabeza, delante de la casa que, como recordarán nuestros lectores, ocupaba Juan de Zúñiga á la entrada de la calle de Segovia.

El asistente distraía su espera silbando una marcha de clarines, propia del escuadrón, y el caballo piafaba impaciente, golpeando con el duro casco los guijarros de la calle.

En una de las habitaciones interiores iba y venía

de un lado para otro nuestro joven, dando la última mano al atavío de su persona.

Había escapado bien de aquella peligrosa aventura, pero dejando, como los pájaros, algunas plumas entre los alambres de la jaula.

Su principal defensor fué la robustez del conde.

Ya dijimos que, vencido el ánimo del rey por las súplicas de su esposa y de todas las damas de la corte, que se habían interesado por el alférez, había prometido perdonarle si el conde recobraba la salud.

Esto se realizó.

Pero como quiera que la desobediencia del joven á las pragmáticas del rey sobre los duelos, y el haber burlado la vigilancia de sus jefes, merecía algún castigo, le fué impuesto el destierro de la corte por término de un año, que debía cumplir en San Sebastián, si bien en libertad, aunque durmiendo en el castillo, á cuyo gobernador debía presentarse todas las tardes al caer el sol para retirarse, y por la mañana para salir.

Ya vemos que el diablo no se había portado del todo mal con él.

Otro, además de un castigo más fuerte, hubiera sido expulsado del cuerpo.

Es verdad que Juan era reo en una causa simpática: había defendido á una dama.

Debía partir al día siguiente, pero aun tenía alguna cosa que hacer.

Aquella tarde se servía solo: Antonio estaba ausente, y su tardanza sin duda parecía molestarle.

De vez en cuando se asomaba á la reja de la calle y exclamaba en alta voz:

—¡Pero ese belitre habrá ido á la China por informes!

Cuando hubo concluído de ataviarse, empezó á medir la habitación á grandes pasos.

Esto duró un cuarto de hora, al cabo del cual rechinó sobre sus goznes la puerta de la calle, apareciendo Antonio en seguida.

—¡Gracias á Dios! - exclamó su amo impaciente.

—¡Qué queréis, señor!... Cuando las cosas no dependen de uno, es preciso tomarlas como vienen; además, luchaba con el recuerdo de la paliza á que escapé hace algunas tardes.

—¿Y qué tenemos?

—Al cabo de hacer la rueda en torno de la casa y del jardín, logré que Inés, la doncella de la señora condesa, se apercibiera de mi presencia; abrió un postigo excusado, y hablamos. ¡Oh! no hay nada que temer...

—Pues ¿cómo?

—El señor conde de la Estrella ha partido esta mañana para Hernani á recobrar sus fuerzas en un castillo que posee una tía suya, anciana, canonesa de no sé dónde.

—¡Ah!... ¿y le acompaña su esposa?—preguntó Juan con desaliento.

—No, señor; creo que entre los dos hay un muro, cuya altura va subiendo cada día.

—¡Respiro!... ¿Has visto á la condesa?

—Tampoco.

—¡Imbécil! ¿No te lo encargué particularmente?

—De poco servía vuestro encargo, si ella no ha querido dejarse ver.

—¡Que no ha querido!

—¿A mí qué me costaba, sabiendo que el conde no estaba en Madrid, y que, por lo tanto, no atentaría á la integridad de mi individuo?

—¡No ha querido! — murmuraba el joven.

—Inés la anunció mi presencia y vuestro encargo; pero la condesa dijo que os dierais por despedido; que en ausencia de su esposo no podía recibir más que á personas de su confianza; que sentía vuestro alejamiento de Madrid, pero que al mismo tiempo os felicitaba por no haber pasado más adelante el castigo; y, en fin, que pediría á Dios en sus oraciones por vuestra bienandanza, como lo haría por un hijo...

—¿Por un hijo?

—Según Inés, recalcó mucho esta frase.

—¡Después de lo que he hecho por ella!

—¡Me parece que no es quereros mal al compararos con un hijo!

—¡Pardiez!... ¡Me está muy bien empleado! ¿Quién es el insensato que se fía de mujeres? Si ahora mismo viera alguna á cuya vida se atentaba, pasaría por su lado sin pensar en que llevaba acero al cinto.

—Pero, señor, ¿qué esperabais de la condesa? Al fin y al cabo, una mujer casada...

—¡Tú que entiendes, imbécil!

—¿Puede hacer más que tomaros por un hijo?

Una iracunda mirada del joven hizo enmudecer á Antonio.

Aquél empezó á medir la habitación á grandes pasos, diciendo:

—Sí, es lo mejor...; ahora agradezco á su majestad que me haya desterrado de Madrid...; podría verla en la calle, en palacio, y... sería peor para ambos... Pero ¿no es verdad que es hermosa, Antonio?... ¿No es cierto que se puede arriesgar la vida por ella?

—¿Para que después os llame hijo suyo?

—Tienes razón; es una locura que debo olvidar...; hasta ahora no me he proporcionado más que sinsabores. Sólo quiero pensar en mi pobre Adelina...

—¡Ahora que vais á separaros de ella! Por otra parte, ¿estará contenta al saber vuestras locuras!

—Debe suponer que no he dejado de amarla.

—¡Ya!... pero habéis tirado de la espada para defender á una sultana...

Lo mismo hubiera hecho por Adelina: de consiguiente, debe agradecermelo.

—Poneís las cosas de un modo, que va á ser preciso que esa joven os pida perdón.

—Voy á despedirme de ella; en tanto, arregla nuestro equipaje, pues ya sabes que partimos mañana al amanecer.

—No veo la necesidad de tanta premura, cuando os dan quince días para presentaros en San Sebastián.

—No importa; tengo un proyecto... Regularmente haremos antes un pequeño viaje, aunque tengamos que separarnos de la línea recta.

El joven salió de su casa y montó á caballo, tomando la dirección de la granja de los Tilos.

Adelina estaba desolada; conocía ya la sentencia que la separaba de su amante; acababa de perder á su hermano, y su padre seguía enfermo.

Su madre lloraba mucho.

¿Qué había hecho la infeliz joven para merecer aquel cruel castigo?

Todas las personas á quienes amaba sufrían algo, haciéndola sufrir.

Respecto de Juan, no era su ausencia sólo lo que la apenaba.

En el lance pasado sonaba el nombre de una mujer hermosa.

¿Era que aquél menospreciaba su cariño, poniéndola en segundo término?

Esta inculpación asomó á sus labios aquella tarde cuando el joven estuvo en su presencia.

Como la esperaba, iba ya preparado á rechazarla y á desvanecer la duda.

Le costó muy poco.

Adelina amaba de veras, y los celos sólo habían rozado con sus asquerosas alas su corazón, sin penetrar en él.

Juan le contó el caso según había sucedido.

Un caballero tiene obligación de defender á una dama, aun cuando amor no le obligue.

Por último, dijo:

—Yo tendería mi mano á un hombre que hubiera hecho lo mismo contigo, en vez de estar celoso con él.

Y como Adelina ignoraba que su corazón se había interesado un poco en la aventura, puesto que aquella tarde había pretendido despedirse personalmente de la condesa, le perdonó fácilmente.

Era la hora del crepúsculo, esa hora crítica del día en la que el corazón está más predispuesto á las concesiones.

Adelina y Juan paseaban solos por el huerto, bajo las frondosas copas de los árboles, que mantenían una semioscuridad.

Además, el joven estaba próximo á partir; en un año no debía volver á verle.

¡Y pueden suceder tantas cosas en trescientos sesenta y cinco días, cuando el año no es bisiesto!

Así es que la palabra «perdón» asomó á sus labios, brotando antes el deseo de su alma.

Su mano derecha oprimía dulcemente el brazo izquierdo de su amante, sobre el que se apoyaba; sus llorosos ojos le dirigían lánguidas miradas; sus labios murmuraban tiernos ¡ayes!, preocupada como estaba con la idea de su partida.

Juan, que la amaba de veras, que pensaba en ella de una manera muy distinta que en la condesa, la dirigía

las más firmes protestas de amor en frases tiernas y apasionadas, que expresaban lo que sentía su alma en aquel momento.

Un rumor de pasos apresurados los sacó de aquella encantadora distracción.

En la penumbra aparecieron Josefina y Antonio.

¿Qué tenía que hacer allí el criado?

A esta pregunta respondió Antonio con voz turbada por la emoción:

—Señor, se trata de una cosa grave, que me ha hecho venir, á pique de estrellarme ó de reventar un caballo.

—Habla; ¿qué sucede?—preguntó el mancebo.

—Han llevado á casa un aviso extraño para que viváis prevenido, porque esta noche os amenaza un gran riesgo.

—¡Dios mío!—exclamó Adelina, estrechando más el brazo de su amante.

—¿Un gran riesgo?

—Así parece.

—Pero ¿quién ha llevado la noticia?

—Una sombra.

—¡Cómo una sombra! ¿Estás en ti?

—Veréis: llamaron á la puerta, yo abrí la mirilla, mas no vi á nadie, pero percibí una voz que murmuraba:—«Di á tu amo que se prevenga, porque esta noche le amenaza un gran peligro.» Una sombra negra

cruzó por el zaguán; cuando me asomé, no había nadie en la calle.

El joven se encogió de hombros, exclamando tranquilamente:

— ¡Bah! No he ofendido á nadie para que haya quien se preocupe de mí. Sólo los grandes personajes tienen enemigos, y yo soy oscuro como un pobre diablo. Está bien; vete.

— Pero vuestro criado podía acompañaros, — dijo Josefina con interés.

— ¡Sí, sí! — repuso Adelina. — Entre dos se afronta mejor un riesgo.

— Espero que no le haya, y que todo haya sido objeto de una broma..., ¡bien estúpida por cierto!

— Pero ¿y si no lo fuera?

— Por lo mismo, no debo exponer á nadie.

— Yo os acompañaría con mucho gusto, — dijo Antonio, que tenía miedo á partir solo.

— Repito que no hace falta; puedes retirarte.

El mozo obedeció.

Entre tanto la madre y la hija pugnaban en vano por demostrarle que la excesiva confianza hace mayor cualquier peligro.

Juan no se dejaba convencer.

— ¿A qué tomar precauciones? — decía. — Lo que ha de ser, está escrito. Además, creo que todo ello sea una broma pesada, como he dicho.

— No, no, don Juan; bromas de esa naturaleza no se usan.

—Pero ¿no os parecen ridículas ciertas precauciones?

—Quedaos aquí esta noche, —le decía Josefina. —La sombra es traidora...; no se sabe lo que oculta.

—Aun cuando hubiera venido con esa intención, que no podía estar en mi ánimo, bastaría la noticia que acabo de recibir para obligarme á marchar, y eso estando probado el riesgo.

—Si no por vos, hacedlo por nosotras, cuya intranquilidad podéis calcular.

—No hay motivo para ello, y os lo agradezco. Repito que no he ofendido á nadie, y nada temo: por lo tanto, no os preocupéis de lo que pueda sucederme, que no será nada malo. Llevo buen caballo, buenas armas y valor, que es cuanto se necesita para salir de un trance apurado.

—¡Ah! Os empeñáis en partir, y hacéis mal; vamos á estar desveladas toda la noche.

—Yo cuidaré de daros un aviso mañana temprano, y espero que sea tranquilizador.

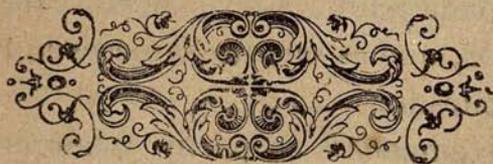
No se habló más del asunto.

Fué imposible reducir al joven á que permaneciese aquella noche en la granja.

Una de las cosas que le obligaron á partir fué el recuerdo de lo ridícula que resultó para don Quijote la aventura de los batanes.

La madre y la hija le acompañaron hasta la puerta, donde un criado de la granja le tenía el caballo del diestro.

Cambió con ellas el último adiós, y se perdió en la sombra.





CAPITULO LXIV

¡Ténganse al diablo!



OR gran dosis de valor que poseyera don Juan, no dejó de causar mella en su ánimo la noticia que acababa de recibir.

La prudencia debe presidir todos los actos de la vida, especialmente aquellos que pueden entrañar algún riesgo.

No había ofendido á nadie seguramente, pero esto no era razón para que no tratarasen de ofenderle á él.

Todo hombre tiene enemigos: la cuestión es que éstos se atrevan ó no á tomar la iniciativa.

Podía haber rechazado la compañía de Antonio, pero no la de la prudencia.

En el momento de abandonar la granja examinó el cebo de sus pistolas, y probó si su espada salía bien de la vaina.

En vez de caminar al galope, prefirió hacerlo al paso.

Aquello ofrecía dos inconvenientes, que quería evitar.

Primero, un galope simula bastante bien una huida, y si había alguien espíándole, no debía verle huir.

Después, cuando se prepara una celada, es más fácil hacer tropezar y caer á un caballo que va al galope, que no yendo al paso.

Sobre todo esto, estaba la confianza ciega que tenía en el diablo su protector.

Si no le ayudaba en los lances apretados, ¿para qué le servía su amistad?

Recientes estaban sus favores; hasta entonces no tenía ninguna queja de él.

¿Por qué apurarse?

Cinco minutos empleó en abandonar la explanada donde estaba la granja, saliendo en seguida á la carretera de Galicia.

La noche estaba templada y serena, una noche de otoño.

Parecía que el verano no había firmado aún su abdicación.

Aunque todavía no alumbraba la luna, las estrellas arrojaban la suficiente claridad para ver los objetos á alguna distancia.

Los árboles y el matorral que había á ambos lados podían ser muy convenientes para el que caminaba á pie de día; pero en aquella ocasión no podían prestar tranquilidad á quien estaba advertido de un riesgo.

Juan hubiera preferido más caminar por un páramo.

Es menos bonito, pero más seguro, puesto que no se presta á una celada.

De vez en cuando el caballo erguía las orejas y daba algún bote.

Era que se cruzaban á sus pies los conejos que atravesaban el camino, procedentes del Pardo y de la Casa de Campo.

Juan era buen jinete, y además iba prevenido.

Había bajado ya la cuesta de las Perdices: á lo lejos, delante de él, se delineaba una masa confusa.

Era la Puerta de Hierro.

Empezaba á creer que alguien se había divertido con el asustadizo Antonio.

De pronto su caballo dió un bote.

Ya no eran los conejos los que turbaban su tranquilidad, sino dos hombres que acababan de salir de la espesura.

Al mismo tiempo, una voz gritó á su espalda:

—¡Alto, señor caballero!

Juan volvió la cabeza, viendo que había otros dos detrás de él.

Estaba cogido en una trampa.

En la mano de aquellos hombres brillaban sendas espadas de combate.

El joven refrenó su caballo sin perder la serenidad, y dijo:

—¡Mal lance habéis echado esta noche! Sólo llevo en el bolsillo algunas miserables monedas de plata.

—¿Nos tomáis por salteadores?—exclamó como ofendido uno de los que tenia delante.

—¡Diantre!—exclamó el joven riéndose.—¡Pues nadie os tomaría por frailes de la Merced!

—A pesar de eso, pudiéramos prestaros algún dinero si os hiciese falta.

—¡Mil gracias! Se conoce que os han pagado bien la comisión.

—No se trata de enteraros de si nos han pagado bien ó mal, sino de que abandonéis la carretera, torciendo hacia la izquierda...; y cuidado con las manos, no sea que desjarretemos al caballo y al caballero.

Juan obedeció, penetrando en un pradillo de árboles y césped agostado.

—Ahora echad pie á tierra.

—Vamos, ¿qué queréis?

—Sois obediente, y creo que nos entenderemos.

—¡A la fuerza ahorean!... Sin embargo, sed parcos en mandar, porque pudiera cansarme de obedeceros.

—Eso lo veremos.

—Puesto que no es de desvalijarme, sepamos ya de qué se trata.



Lit de J. M. Mateu, Barquillo 4 y 6, Madrid

Con los cuatro á un tiempo



—Es muy justo vuestro deseo; como veís, somos cuatro.

—¡Bah! ¡No es mucho para un hombre!..., y yo me precio de serlo.

—Eso es lo que vamos á ver. Escoged entre los cuatro uno con quien batiros.

—¡Hola! ¡Parece que la dais de personas decentes!... ¡Sois casi unos caballeros! Pero para eso, creo que con uno que hubiera venido nos ahorrábamos la elección.

—Escoged pronto, que el tiempo es oro, como dice el proverbio inglés.

—En lo de escoger me habéis juzgado mal: para un caballero no son muchos cuatro rufianes.

—Basta de insultos, y escoged.

—Pero ¿no habéis oído que os escojo á los cuatro?

—¿Pensáis matarnos en detalle?

—¡No, tontos! ¡Los cuatro á la vez!

—Dejad á un lado las baladronadas, y despachemos.

—¡Cómo baladronadas! Ahora veréis...

Y el joven, dando un salto hacia atrás, tiró de la espada por un rápido movimiento, cayendo sobre los cuatro.

Afortunadamente para éstos, tenían los aceros desnudos, por lo que pudieron atender con rapidez á su defensa.

El ataque era enérgico; sin embargo, el valor no puede pelear con ventaja contra el número.

La táctica de los cuatro acometedores era cercar al joven para acorralarle.

Éste, que lo comprendió, empezó á batirse en retirada, hasta que consiguió respaldarse en un árbol de grueso tronco.

—¡Ajajá!—exclamó.—Ahora creo que igualamos la partida... Y digo igualar, aunque sois cuatro contra uno, porque tiráis como lacayos..., y me estáis oliendo á paja y cebada desde que os hice el honor de cruzar mi palabra con la vuestra...; pero he dicho mal: parece que no sois ya más que tres.

En efecto; una estocada de Juan había puesto á uno de sus adversarios fuera de combate, y cayó al suelo, lanzando una imprecación.

Los otros tres, temiendo igual resultado, aumentaron la furia del ataque.

Pero bien pronto conoció Juan su táctica, lo que le hizo arrugar el entrecejo.

Querían cansarle, sin exponerse: una vez agotadas sus fuerzas, le tenían seguro.

El joven empezaba á desesperar del resultado; si abandonaba el árbol para caer sobre ellos, le cercarían, en cuyo caso estaba perdido.

Conocía que empezaba á fatigarse: la lucha venía durando cerca de un cuarto de hora.

—¡Parece que ya no estáis tan hablador!—le dijo con sarcástico acento el que hacía de jefe.

—Es que me ocupaba un ejercicio piadoso: estaba pidiendo á Dios por vuestras almas.

—Con todo, señor alférez, pudiera suceder que no salierais mañana para el destierro.

—¡Ah! ¿Sabéis también eso? Veo que os ocupáis demasiado de mis negocios.

—¿En qué iglesia queréis que encarguemos vuestro funeral?

—Parad ésa, y luégo hablaremos.

Y Juan tiró una estocada que hubiera atravesado un muro de piedra.

Pero aquellos eran los últimos resplandores de la hoguera.

Estaba jadeante: aquello no podía durar ni cinco minutos.

De pronto resonó una voz robusta, harto conocida de Zúñiga, que dijo:

—¡Ténganse al diablo!

Dos hombres avanzaron, espada en mano.

A tan extraña intimación, los tres acometedores huyeron, como si todo el infierno fuera en su persecución.

Juan salió al encuentro de los recién llegados, exclamando alegremente:

—Si el diablo tarda un minuto en acudir, esos tuantes dan cuenta de su protegido.

Los que acababan de llegar eran Estrañi y uno de sus amigos íntimos.

El joven prosiguió:

—Por esta vez siento no poder ofreceros vuestra

parte: ya veis que los dos que os correspondian han huído.

—Sí, pero parece que habéis dado buena cuenta de uno.

Y Estrañi señaló al herido, que se revolcaba sobre el césped.

—¿Sabéis quién es ese hombre?—le dijo al joven llevándole aparte.

—No.

—Pues, sin embargo, él nos da la clave del enigma. Es un lacayo del señor conde de la Estrella.

—¡Pardiez! Se trata del conde... ¡Yo le creía más caballero!

—Ya veis de dónde viene el tiro.

—En efecto...; pero tratándose de estos laúces, no podía pensar en él. Es una infame revancha que ha querido tomar de la estocada recibida en el Prado de San Fermín.

—¡Que os estaría bien merecida!

—¿Por qué?

—¿No habéis recibido un aviso de vuestro criado?

—Sí tal.

—Y en vez de haberos quedado en la granja de los Tilos, ó haberos hecho acompañar de él, os venís solo.

—Y ya veis que no la he errado; pero, en todo caso, vos tenéis la culpa.

—¡Yo!

—¡Es claro!... El diablo no podía negarme su auxi-

lio. En esta confianza, acometí á los cuatro..., y los hubiera acometido lo mismo siendo veinte.

Estrañi lanzó una carcajada, que cortó de repente, poniéndose serio.

—Hacéis mal en confiar tanto,—dijo.—Veo que el éxito hace que huya de vos la prudencia. ¡El diablo!... ¿No consideraréis que alguna vez puede Dios impedirle que se ponga de vuestra parte?

—En ese caso ha pactado conmigo de mala fe, porque debió advertirme esa circunstancia aquella noche al pie de la encina de los jerónimos.

—Creyó que se os alcanzaría que, siendo el diablo hechura de Dios, está sujeto á su poder.

—¿Es eso, ó bien que estáis cansado de protegerme?

—Señor don Juan, basta de locuras. Ya habéis cometido bastantes, saliendo de ellas por vuestra buena suerte, y no por la protección del diablo, en la cual no podéis creer más que por una galantería hacia mí.

—Hacia vos, con quien pacté aquella noche.

—Una situación difícil os acaloró la mente; después me habéis visto varias veces, y creo que me habréis tomado por quien soy.

—Siempre...; esto es, por el diablo.

—¿Tan ruin concepto habéis formado de Jacobo Estrañi?

—¡Vos el médico de la reina!—exclamó Juan con sonrisa incrédula.

—¡Don Juan!

—Basta: no soy tan tonto como presumís.

—Pero ¿es posible que un hombre de vuestro criterio insista aún?

—Basta, os digo: creo lo que debo creer. Si esto conduce á que queráis romper el pacto, dadle por roto.

—No, no, —exclamó el doctor, riéndose de aquella extraña tenacidad.—Continúa más firme que nunca.

—Entonces no hablemos más, y en marcha.

—En marcha, pues. ¿Cuándo partís?

—Mañana al romper el día.

—¿Os hace falta dinero?

—Tengo lo suficiente para el viaje. Pero quisiera pedir os un favor.

—Hablad: el diablo no puede negaros nada.

—Que mañana en la granja de los Tilos sepan que no deben temer por mí.

—Lo sabrán.

—Eso más tendré que agradecer os.

Los tres montaron en sus respectivos caballos, y al trote largo emprendieron el camino hacia Madrid.

Una hora después entraba Juan de Zúñiga en su casa, tranquilizando al fiel Antonio, quien le dijo:

—¡Gracias á Dios! ¡He rezado más de un *pater noster* por el eterno reposo de vuestra alma!





CAPITULO LXV

La burra de Balaam.



AS extrañas circunstancias en que el doctor Estrañi, usurpando su papel al diablo, se le había aparecido á Zúñiga, le hicieron creer que era, en efecto, el príncipe de las tinieblas.

Después reflexionó seriamente sobre el caso.

En aquella época aún estaba admitida la posibilidad del pacto con el demonio.

La Inquisición lo demostraba con el parecer y sermones de los dominicos.

Y el salir bien Zúñiga en cuantas aventuras em-

prendía, por descabelladas que fuesen, le confirmó más y más en la realidad de su pacto.

La voz de Estrañi, que oyó después, era igual á la del sombrío rey de las tinieblas.

¡Como que era la misma!

Pero esta circunstancia no podía influir para nada en el ánimo del joven.

Satanás puede imitar la voz que le dé la gana y presentarse bajo la apariencia de quien quiera.

Había adoptado la del doctor Estrañi, como pudo adoptar otra cualquiera; pero esto no significaba que el diablo no existiera, ni que hubiera pactado con él.

El doctor por sí solo, aunque tenía mucha influencia con el rey, no podía hacer ciertas cosas en las cuales Zúñiga había sido el agraciado.

Pero es que ignoraba que detrás de la influencia del doctor estaba la de todas las damas de la corte, que con la misma reina habían tomado su partido.

La aparición de Estrañi aquella noche no significó á los ojos del joven más que un deseo del diablo de ver si seguía creyendo en él y en la eficacia de su pacto.

Pero una de las cosas que debían convencerle de su error, y en la cual no pensó seguramente, fué la conducta del Santo Oficio, que le dejaba en paz, cuando debiera perseguirle, como perseguía á otros con menos motivo.

Y es que el Santo Oficio, si sabía aquello, lo tomaba como lo tomaba la corte entera, como la credu-

lidad de una imaginación exaltada, que tomaba los efectos sin investigar las causas.

A pesar de esta creencia, no podía tachársele de loco.

Era un calavera que divertía con aquello, y su criado mucho más que él, pues el pobre Antonio pasaba la vida entre la orgía y el *miserere*, con un pie en el mundo y el otro en el convento de los jerónimos del Prado, cuyo refectorio y cuya cocina no había podido olvidar.

Al romper el alba del día siguiente salían nuestros dos mozos por la puerta de Alcalá, tomando la carretera de Francia para cumplir su destierro en San Sebastián.

Juan iba á caballo, y Antonio en una robusta mula que conducía su persona y dos maletas, por más que aquél tenía empeño en que la mula llevaba tres.

Sin embargo, era de agradecer el sacrificio de Antonio.

Se condenaba voluntariamente al destierro por no abandonar á su amo, á quien había cobrado un singular cariño.

Don Juan iba triste.

Pensaba un poco aún en la hermosura un tanto anacreóntica de la condesa de la Estrella, y esto le hacía maldecir la ingratitud de las sultanas para con sus caballeros.

— ¡Tiempo ha de pasar,—decía,—antes de que yo vuelva á desnudar mi espada por una mujer!

— ¡Pensáis con mucha cordura!—contestaba Antonio.—Un buen militar sólo debe desnudarla por el rey, que es el que le paga y le atiende, y le da grados en su carrera.

— ¡Carrera!... ¡grados! ¡ah!

— ¿Por qué suspiráis, señor?

— Porque va á pasar por mí un año estéril, sin ascensos, sin gloria..., ¡casi sin dinero!

— ¡Es verdad! Sólo *debemos* cobrar media paga, y, según he oído decir, en San Sebastián se come oro.

— Entonces, querido Antonio, vamos á tener que renunciar á todo lo superfluo.

— ¡Y aun á lo necesario!

— ¡No sé por qué defendí mi vida anoche en el camino del Pardo! ¡Valía mucho más haberse dejado matar por los sicarios del conde!

— ¡Eso no, voto va Crispo! La vida siempre es agradable.

— ¿Aun careciendo de lo preciso?

— ¡Quién sabe! Vos tenéis mucha suerte en el juego... Además, el diablo os protege.

— ¿Quieres que nos hagamos tahures?

— Es preciso ingeniarse... En fin, Dios dirá... Lo principal es que tengamos salud.

— ¡Mucho me engaño, no siendo fingida la piedad que me manifiesta el rey!

— ¡Fingida!